4 pliegos. N. 22.



HISTORIA
VERDADERA Y SAGRADA
DE LA GLORIA DE BETHULIA,

JUDITH
CONTRA HOLOFERNES.

SACADA DE LA SAGRADA ESCRIPTURA.
Baronio, Causino y otros.

SEVILLA:=Imprenta de la *Viuda de Caro,* calle Génova.

RESUMEN DE LA HISTORIA.

RESOLUCION ALTIVA DE NABUCODONOSOR para sojuzgar el mundo.=Arrogancia de Holofernes, y grandeza de su Ejército.=Aflicciones del Pueblo de Dios al venir Holofernes contra él.=Heròicas prevenciones del Sumo Sacerdote.=Infòrmase Holofernes del poder de los Judios.=Informa Achior, Príncipe de los Amonitas, y caso estraño que le acontece.=Empiezan á combatir á Bethulia, y determinan entregarse dentro de cinco dias.=Excelencias de Judith.=Opònese á la entrega de la Ciudad, y se afrece á salvarla.=Prevenciones que hace Judith para defender á Bethulia.=Sale á verse con Holofernes.=Recíbela Holofernes cariñoso, y lo acontecido entònces.=Razonamiento de Judith á Holofernes.=Págase mucho Holofernes de Judith, y trato que la hace dar.=Dispone Holofernes un festin en honra de Judith.=Lo que en él aconteciò, y como se embriaga Holofernes.=Acuesta el Camarero á Holofernes, y déjale solo con Judith.=Degüella Judith á Holofernes, y cogiendo su cabeza, marcha para Bethulia.=Sálenla á recibir con sumo alboroto y alegria. Razonamiento de Judith al Pueblo, mostrándole la cabeza de Holofernes.=Aclamaciones y bendiciones á Judith, y regocijos del Pueblo.=Conversion de Achior á la verdadera Ley.=Dispone Judith que presenten la batalla los de Bethulia.=Descúbrese el fra-

caso de Holofernes, y atemorizados los Asyrios son vencidos.=Vienen el Pontífice y Sacerdotes de Jerusalen, á visitar y llenar de bendiciones á Judith.=Sale esta humildemente á recibirle.=Distribucion de los ricos despojos de los enemigos.=Dá Judith los que le pertenecen al Templo de Jerusalen.=Progresos de la vida de Judith, hasta su santa muerte.=Sús plausibles honras.



HISTORIA DE JUDITH, CONTRA HOLOFERNES.

EStaba Nabucodonosor en la flor de su edad, y en el vigor de sus conquistas, cuando tuvo un misterioso consejo, en que tomó la resolucion de sojuzgar todo el mundo. Despues de una breve conclusion para un negocio de tanta importancia, llamó á Holofernes, y le dió órden marchase à la parte del Occidente con un Ejército de cien mil infantes, y doce mil caballos. Juntáronse todos los capitanes, y por todas partes parecian hormigueros los soldados, como si á este valiente General no le costase mas que dar con el pie en el suelo para hacer nacer los hombres. Véisle aqui á este hombre esforzado rodeado de todas las legiones, que echaban de sí fuego y centellas.

Estaba ya su Ejército con gran tren y aparato de víveres y municiones. Parecia que el Cielo le miraba con asombro, y que la tierra temblaba à cada paso con el ruido de sus armas. Su marcha atemorizaba á los mas osados, y daba recelos de su ruina á los mas débiles. Delante de él caminaban el rayo, el horror y las amenazas; y despues seguian los llan-

tos, las ruinas y saqueos. Marchaba Holofernes enmedio como un gigante de cien brazos, que se promete derribar las Ciudades abrasadas, trastornar las montañas, y volver en polvo todas las armas con los rayos de sus ojos. No se veian sino Embajadores de todas naciones á su puerta, que le presentaban coronas, le ofrecian cirios é inciensos, le pedian la paz y misericordia, y le suplicaban les concediese la servidumbre; pero este soberbio General, reusàndolo todo, dispuso el marchar sobre las cabezas de los hombres, y hacer un rio de sangre, para teñir sus palmas.

La fama que con cien bocas publicaba los destrozos que iba por todas partes haciendo este diluvio de hombres, llegó á Jerusalen, y dió las tristes nuevas al Pueblo de Dios. No se oía á la sazon sino suspiros y gemidos de un pueblo medroso, que viendo desde léjos venir esta horrible tempestad, no tenia, ni corazon, ni armas para oponerse. Los ànimos estaban abatidos, las manos desmayadas, y las lenguas mudas. No tenian mas defensa que las lágrimas que derramaban en abundancia, para comenzar los funerales de la amada Patria. Reinaba por entonces Manasés en Jerusalen, setecientos años antes de la venida de nuestro Redentor, el cual no viendo espediente alguno para divertir esta desdicha, no hablaba palabra, antes se escondió en parte oculta. Pero Eliachin, Sumo Sacerdote, haciendo el oficio de esforzado y valiente capitan, con el de Pontífice, animó à su pobre pueblo, y enjugó las lágrimas de todos, para mostrarles el primer vislumbre de la esperanza que concibieron de su amada libertad.

Despachó correos por todas partes, y mandó à las ciudades que estaban amenazadas con el paso de estas crueles y soberbias tropas, que contribuyesen lo posible con dinero, armas, hombres y víveres, para rechazar al comun enemigo; y sobre todo, que tomasen los pasos estrechos de los montes, para estorvarle la venida, donde poca gente podria hacer mucho, antes que aguardarle en la campaña, en que fuerzas tan poderosas se tragarian cuanto se les pusiese delante. Además de esto, mandó se hiciesen rogativas públicas, en que el Altar de Dios estaba cubierto de cilicio, los Sacerdotes estaban con un saco, y todo el pueblo en oracion, en ayunos y sollozos. Los niños tambien postrados en tierra, imploraban con las voces de su inocencia la misericordia de Dios. Este escelente Pontífice, no ignorando, que juntamente con la prudencia es menester menear las manos, no se contentó con solo llorar delante del Altar, sino que visitó en persona las Ciudades y Aldeas, consolando á los afligidos, animando à los cobardes y fortificando á los flacos.

Llegó la nueva á Holofernes, que los Judios se prevenian á la defensa, y querian oponerse á su poder, de que se encolerizó mucho, y llamò á los Príncipes de los Amonitas, y Moabitas, que estaban en su Ejército para informarse de las fuerzas que podría tener aquel pueblo, que se disponia á hacerle cara: y respirando bolcanes, equivocò la consulta con términos de amenaza: ¿Qué Reyno es éste, Soldados? les dijo: ¿Qué número de ciudades son las que habitan? ¿En qué poder confía su insolencia? ¿Qué confedera-

cion mantienen? ¿De dónde esperan auxilio contra el poder de mis armas? Si todos los del Oriente se sujetan à Nabuco, ¿cómo despreciaron estos la magestad de su nombre? Salieron á recibirnos tantas estrañas naciones, ¿y han de resistirse altivos estos á nuestro valor? Sepa yo qué gente es esta. Entonces Achior, Príncipe de los Amonitas, se levantó y le hizo una larga relacion del origen y cualidades de los Judios, diciéndole en breve lo siguiente:

Sabrás, Señor, como esta nacion desciende de los Caldeos, y se separó de ellos por causa de la Religion, menospreciando á todos los Dioses Gentiles, y no creyendo sino en un Dios, Autor del cielo y de la tierra. Estos pasaron á Egipto por una grande hambre, y allí se multiplicaron tanto, que comenzaron á dar recelos á los Egipcios, que contínuamente los maltrataban. Pero su Dios vengó sus agravios con horribles plagas del cielo, que destruyeron á todo Egipto, de manera, que sus enemigos se vieron obligados á dejarlos ir libres donde quisiesen. Pero el Rey Faraon, habiendo tomado la resolucion de perseguirlos y acabarlos, fué sepultado con toda su armada en el mar Bermejo, por donde este pueblo habia pasado á pie enjuto. Desde allí caminaron por los desiertos estériles de la Arabia, en que Dios los sustentò milagrosamente, dándoles manjares del cielo, y mandando á las peñas que abriesen manantiales y fuentes. Y has de advertir, Señor, que cuando estos Hebreos están bien con su Dios, son invencibles, lo cual visiblemente se ha conocido por las victorias que han obtenido de los Jebuseos, Phereceos, Amorreos y otros pueblos, que

ellos habian consumido, apoderándose de sus tierras y estados. Pero si acaso sucedia, que estuviesen manchados con alguna iniquidad, no habia cosa mas cobarde, porque entonces estaban desamparados del Cielo, y descaidos del todo. Y por tanto no os aconsejo, que os aventureis con ellos, antes de saber el estado en que se hallan al presente con su Dios, porque si se hallan bien unidos con él, y le adoran y reverencian como deben, siempre quedarán vencedores.

Los Capitanes de Holofernes, oyendo las palabras de Achior, le dijeron mil injurias, y soberbios y enfadados le llenaron de oprobios, solo por haber pensado que un tan corto número de gente mal parada, fuese capaz de resistirse á los Ejércitos reales de Nabucodonosor, gobernado por el valiente General Holofernes: le creyeron sospechoso, y poco diestro en las armas, y ardides de la guerra, y encendidos en ira, le decian: Para que vea su engaño hemos de subir animosos las montañas, y haciendo prisioneros á los fuertes que tanto le acobardaron, ha de morir á lanzadas en medio de los vencidos, que han de conocer las gentes que Nabucodonosor, es el Dios de la tierra. Holofernes tuvo á Achior, por menguado, y cobarde, y mandó que le entregasen á los judios, pues era judio de corazon y de afecto. Y de hecho los Soldados agarraron con él, y le llevaron á las puertas de la Ciudad de Bethulia, y allí atándole á un palo, le dejaron á discrecion de los Ciudadanos, los cuales, saliendo por él le llevaron delante de los Sacerdotes que gobernaban, y de todo el concurso del Pueblo, para informarse de lo que le habia sucedido. El les hizo un

largo razonamiento, diciendo todo lo sucedido, y dando muestras de lo mucho, que respetaba la Magestad de su Dios, por lo que todos comenzaron á llorar de contento, y dieron gracias á la Bondad Divina, postrándose en tierra, y prometiendo todo favor, y beneficio á su prisionero, que le recogieron y cuidaron afectuosamente.

En el ínterin Holofernes mandó abanzar sus tropas, para escalar á la pequeña Ciudad de Bethulia, pero vió peleaban contra él gentes, que no se veían, escondidas en los montes, que hacian mucho daño en su ejército por hallarse embarazado en los pasos estrechos. Sus capitanes le aconsejaron, que no atormentase inútilmente á los soldados, sino que se apoderase del encañado de las fuentes por donde iba el agua à la Ciudad, que de esta manera la rendirán â poco trabajo, Esto egecutado, hizo un grande efecto; porque el pueblo viéndose privado del agua, comenzó à murmurar públicamente contra los Sacerdotes, que por su temeridad se habian puesto á resistir à un tan grande y poderoso ejército contra el ejemplar de tantos pueblos, que advertidos de esto mismo, se habian sometido al formidable poder de Holofernes; y asi decian á grandes voces, que era necesario rendirse à los Asirios, antes de ver á sus pobres mugeres é hijos, sepultados á sus pies. Ozias, en ausencia de Eliachin, los apaciguó con sus lágrimas, y alcanzó con ellos tuviesen paciencia y espera, no mas que cinco dias.

Esta Ciudad de Bethulia tenia dentro de sus murallas un gran tesoro de virtudes, cuyos méritos aun no tenia conocidos. Era pues, la valerosa Judith, en

quien el Cielo habia puesto raras cualidades, y la habia escogido para libertar à su patria. ¡O Benignísimo Dios, y por qué medios tan estraños procuras favorecer a los que te aman y sirven, en sus mayores tribulaciones y fatigas! Era Judith nobilísima Matrona, ilustre Heroina del pueblo de Israel, hija de Merari, y descendiente del antiguo Ruben: su nobilísima estirpe se mereció los respetos en todas las doce Tribus, y las graciosas perfecciones de que Dios la adornò la hicieron muy amable; propúsole su padre para esposo á un bizarro mancebo llamado Manasés, que vivia en Bethulia, á donde tenia sus padres; y precediendo las debidas diligencias, y el casto consentimiento de la hermosa Judith se celebraron las bodas, y se casó con Manasés. Era este, Señor de fertilísimas mieses, de dilatadas dehesas, de numerosas vacadas; y de muchos rebaños de ovejas, con cuyas riquezas servia á Dios temeroso en compañia de su amada Judith, cuya paciencia se ejercitó mucho, tres años antes del siglo, con el mas irreparable golpe. Solia salir Manasés á ver sus jornaleros en el rigor del Estío, y en una ocasion de aquellas en que el sol le molestaba, se le impresionó de tal modo, que le causó la muerte, dejando viuda à Judith, que despues de mostrar su constancia, y conformidad cuando recibió los pésames: aunque no sin abundantes làgrimas, y habiendo cumplido con la funeral memoria, dió modos su providencia para entablar nueva vida. Mandó fabricar en lo alto de su casa, una pequeña soledad, en forma de Oratorio, donde se retiraba con sus doncellas á comunicar con su Dios en contínuos ejercicios y oracio-

nes. Allí tenia depositada toda su alma, y sus entretenimientos devotos con su querido y amado, y desde allí subian sus castísimas oraciones, que llevaban los suspiros de su pueblo hasta el trono del Altísimo.

La Santa Dama tenia su delicado cuerpo todo rodeado de áspero cilicio: ayunaba todos los dias, á no ser los Sábados, y Fiestas solemnes, que guardaban los Judios. Su corazon estaba encendido en un celo increible de la Gloria de su Dios, y lloraba, y se compadecia mucho de las miserias de su escogido pueblo. Llegó à oir esta valerosa Santa; que se habia resuelto en la Junta de los Sacerdotes, que dentro de cinco dias se habia de rendir la Ciudad, si no la venia socorro: pasò pronta à verse con el Sacerdote Ozias, Príncipe del pueblo, y con los demas que gobernaban: púsoles algunas réplicas contra lo que habian decretado, y sobre todo les dijo: *Todo lo que habeis determinado no es mas que querer tentar á Dios, prescribiendole el tiempo de sus misericordias, y tasarle su Providencia. No toca á los hombres disponer los tiempos, pues están reservados á la disposicion del Soberano Señor. Que lo que era menester cuidar era, de hacer una exácta penitencia de los pecados de la vida pasada, é implorar la clemencia Divina con efusion de lágrimas, que ella sabria hallar el remedio á tanta necesidad, y conflicto.*

Diòles à entender, manifestándoles una ejemplar doctrina, que todas las personas escogidas son necesariamente probadas, y tentadas con diversas tribulaciones, y que los que las llevaban con paciencia alcanzaban al fin la gloria delante de Dios; pero los que se

inquietaban y murmuraban, no mejoraban sus males, antes provocaban la ira del Altísimo, que dobla azote sobre azote en castigo de su reveldía. En fin, ella les persuadiò que pues eran los caudillos del Pueblo, y que tanta infelicidad de almas respiraban con su aliento, que no dejasen de exhortarle á la paciencia.

Los principales de la ciudad, quedaron absortos de verla hablar tan divinamente: porque las palabras que salian de su santa boca, tenian una incomparâble gracia para ablandar los mas duros corazones. Confesaron todos, que esta era una muger segun el corazon de Dios, que habia hablado muy á lo Divino, y que no habia que decir mas en sus discursos. Pero como era tan humilde, se remitió luego con profundísima humildad á sus pareceres, y les rogò la dejasen una puerta de la ciudad franca, para salir aquella misma noche, acompañada de su criada, al campo de Holofernes, porque tenia imaginado hacer una gran cosa por la libertad de su Patria, y que todo el pueblo la encomendase á Dios, sin querer con curiosidad inquirir lo que Dios queria obrar por su remedio. Ozias la respondió, que haria todo lo que pedia, y rogaría á Dios cón intensísimas oraciones, saliese con su intento para el bien universal del pueblo.

Antes de emprender Judith esta grande obra, se fue prontamente à su Oratorio, donde estuvo mucho tiempo postrada delante de su Dios Omnipotente, ceñidas sus carnes de cilicio, y cubierta la cabeza de ceniza. Recreábase el benignísimo Dios ver tan humilde aquella candidísima paloma, y sierva suya, tan penitente y mortificada, llorando delante de su pre-

sencia amargamente, implorando su auxilio. Deciale tiernamente amorosa.

"Dios mio, y Dueño de mi alma: Dios de mis »padres, á quien nada es imposible, mirad con los ojos »de vuestra Divina clemencia este tu pueblo afligido »y atribulado: mirad el dia de hoy el campo de los »Asirios con aquellos ojos de relàmpagos y rayos, que »otra vez echásteis sobre el ejército de los Egipcios, »cuando fueron sepultados en los abismos, suceda es»to mismo en los que están fiados en sus carros, lanzas »y espadas, sin reparar en que vos sois el Dios del »Cielo, que deshaceis los poderes de la tierra con una »sola vista de vuestros ojos. Lavantad aquel mismo »brazo, que por toda la antigüedad fue señalado en »tantas maravillas, y hollad con los pies todas las »fuerzas con vuestro formidable poder. No permitais, »que ellos violenten vuestro Templo, y saqueen la ca»sa en que vuestro nombre siempre ha sido invoca»do. Haced, que este bàrbaro General, que se prome»te gozar nuestros despojos, sea preso por mí con el »lazo de sus ojos, y que su propio alfanje divida el »alma del cuerpo. Heridle con la gracia, que vuestra »bendicion harà que tengan mis lábios, y la elocuencia »que darà á mis palabras. Animad mi corazon, Dios »mio, y fortificad mi brazo, Dueño de mi alma; para »concluir este grande hecho, que siempre será vues»tro, y sacad una eterna honra de haber abatido es»te coloso por manos de una muger flaca y débil. »Vuestra fuerza no consiste en la muchedumbre de »soldados, ni en el valor de los campeones. No son »estos soberbios guerreros á quien debe aguardar el

»socorro de vuestro brazo, sino el ruego de los hu-»mildes grangea vuestro corazon, y lleva vuestras »fuerzas á su proteccion. Dios de los Cielos, Criador »de las aguas, y Dios de toda la naturaleza, oid á »vuestra pobre sierva, que solo confia en vuestras mi-»sericordias, y acordaos de vuestro Testamento. Dad »consejo á mi corazon, palabras á mi boca, y fuerzas »á mis brazos, para defender vuestra casa, y que to-»das las naciones de la tierra habitable sepan que no »hay otro Dios sino Vos."

Estas eran las armas y màquinas de esta exelente muger; esta era la confianza que tenia en el Dios de los Ejércitos. Despues de acabada esta oracion, salió de su Oratorio, y bajó á su cámara, llamando á una esclava, para que la vistiese y adornase. Quitóse el luto que traia por su viudéz, dejó el cilicio, lavóse y perfumòse. Púsose sus galas y adornos, peinó la trenza de sus hermosos cabellos, con sus manos delicadas, y cubrió la cabeza con riquísimo cendal, adornó con pendientes sus orejas, sus muñecas con manillas, su cuello con rica gargantilla, sus dedos con sortijas, su pecho con algunas joyas. Calzóse unos bellos chapines, que la hacian gallarda y agigantada doncella; en fin adornóse cuanto pudo con los mas ricos vestidos y alhajas que tenia. Parece que Dios tomaba placer aquel dia de hacerla mas hermosa que nunca habia sido, y todas las gracias andaban risueñas en su bellísimo semblante, por estar ella adornada por virtud, y no por deleite.

Mandó á su esclava, que dispusiese comida y bebida para las dos, temiendo ensuciar su cuerpo con

las viandas de los infieles, y luego que todo estaba dispuesto, saliò de su casa, y caminó hácia la puerta de la ciudad, donde halló al Príncipe y Sacerdote Ozias con los demas caballeros que ya le estaban esperando, los cuales todos quedaron pasmados y admirados del esplendor de su celestial belleza. Nadie quiso ser curioso en informarse donde iba, sino que solo se contentaron con rogar á Dios que cumpliese sus deseos, y solo la digeron: *Id en buen hora, manceba gallarda, y seais algun dia la honra y gloria de Jerusalen, y vuestro nombre sea puesto en el número de las grandes y santas almas que hicieron á Dios servicios muy señalados.* Salió, pues, de la ciudad, invocando el nombre de Dios, y rezando algunas oraciones con su esclava.

Como ella bajaba del monte al apuntar el dia, descubriéndola los soldados, fueron corriendo à donde estaba, y viéndola tan admirablemente hermosa, quedaron de golpe mas deslumbrados de las luces de su rostro, que de los primeros rayos del dia. Informàronse de donde era, dónde iba, y cuales eran sus pretensiones. A que respondió, que era de Bethulia; y dejaba aquel dia aquella desdichada ciudad en lastimosa infelicidad; que venia sola á verse con su General, con quien tenia cosas muy arduas y singulares que comunicar, y que asi la llevasen pronto donde estaba Holofernes, que deseaba con ánsia verse cuanto antes con él. Los soldados aun permanecian pasmados, y mucho mas quedaron al verla razonar tan bellamente con un recato honesto y magestad grande; por lo que la llevaron pronto á su general.

Admirárase alguno de este modo de proceder Judith: Una muger tan hermosa, y tan capaz de provocar los hombres, irse â meter enmedio de los soldados, sin temer el riesgo de la honestidad que amaba tanto, no considerando que con verla se escitaban los deseos estando en lo mejor de su edad, para recibir ella tambien el amor que causaba en los otros. ¿Quién la había dicho que los Asirios le habian de dejar pasar sin agraviar en nada su honra? ¿Qué seguridad podia tener de una milicia descompuesta? Y cuando en esto hubiera seguro, siempre una muger honesta ha de procurar no esponer su cuerpo á la menor afrenta, aunque fuera por salvar la ciudad.

Si consideramos todo lo dicho, segun el mundo, es cierto que no se puede defender; pero ¿quién se puede atrever á condenar lo que se hacia con una manifiesta inspiracion de Dios, y del buen Angel que la guiaba, y llevaba como de la mano, haciéndola marchar segura à los principios, y siempre lozana como la yedra en la ruina de los antiguos edificios? Con todo eso ella tuvo arte y maña para disimular su empresa, y supo con sus palabras detener á los soldados, para no hacer en ella alguna libertad. Ademas que ¿quién ha de hacer escrúpulos de ardides que son lícitos contra el enemigo en la guerra, y salvar la vida, supuesto que algunos Teólogos y Jurisconsultos afirman, que son buenos y loables por hacerse à buen fin y por medios legítimos?

Llevàronla, pues, delante del general Holofernes, quien estaba magestuoso sentado en su trono, debajo de un pabellon de oro y de púrpura, todo guarneci-

do de esmeraldas, soberbio é inflado como un pavo real que manifiesta al Sol los ojos de su cola, por quien parece ha nacido. Luego que Judith llegó á su presencia, se postró en tierra, haciéndole una reverencia cortesana y no de adoracion: Hablóle con una sumision muy rendida la humilde Dama, y al punto le cautivó su corazon, cogiéndole, como lo habia pensado en las redes de su pecho. Los que estaban presentes no quedaron menos cautivos que el general al ver su gallardia, hermosura y donaire; y asi comenzaron á decir con admiracion: *Que tierra que producia tan bellas mugeres, merecia cualquiera trabajo por conquistarla.*

Holofernes la mandó levantar luego al punto, y ella fingia tener algun miedo, y haberse turbado por la profunda reverencia que se debia á la presencia de un tan gran general, sabiendo que era muy vano, y que de esta suerte le podria vencer mejor. El habló con increible dulzura, asegurándola, que no era tan terrible como le hacia; y que despues que gobernaba las armas de esta gran monarquia, no habia hecho agravio á persona alguna, que desease dar la obediencia á su Señor. Que él no queria tan mal à su nacion, ántes bien, si hubiera ella hecho su deber, no hubiera dado lugar á que se desembainara una espada contra ella. Por lo cual deseaba saber, ¿por qué habia dejado su ciudad, y habia venido á su campo? Entonces esta Dama, santamente artificiosa, comenzó á hablarle con tal agasajo y dulzura, que cien Holofernes no tuvieran harto que hacer, en defenderse de aquella máquina amorosa. Suplicóle la oyese con atencion, y ad-

mitiese su razonamiento, pues Dios la tomaba por instrumento para tan gran negocio. Dióla licencia para hablar, y empezò diciendo:

Bien sé, Señor, que Nabucodonosor es electo por Dios para Rey del mundo, y que todo el poder de su monarquia, se encierra en Holofernes, donde vive y triunfa magníficamente, para bien de los buenos y castigo de los malos. No soy Señor tan ignorante de las cosas del mundo, que no haya conocido la prudencia y el valor de un Holofernes, que tenia la honra de ser el único en todo el reino de Nabucodonosor, y que habia llegado á este alto colmo del poder, con quien cosa del mundo no se pueda igualar, por la bondad de su corazon, pues no queria ser poderoso, sino solo por hacer bien, como lo testificaban todas las provincias en quien habia puesto tan buena òrden para los asuntos del reino. He sabido lo que ha pasado con Achior, y es cierto que él ha conocido verdaderamente, el debil espíritu de mi nacion, y asi haceis muy bien al presente, que Dios está irritado contra ella, y la tiene amenazada por sus Profetas, su ruina. Por esta causa están todos tan amedrentados, que no os lo puedo ponderar mas. Fuera, que la hambre y la sed, conspiran en su destruccion, y están resueltos á matar todos los animales para beber la sangre, sin perdonar aun las cosas consagradas á la Magestad Divina: que es una señal de manifiesta reprobacion. Por esta causa, Señor, he dejado esta ciudad, y vengo de parte de mi Dios á darte este aviso. Has de saber, que el Dios que yo adoro es muy grande, y que no dejaré de rogarle por tu ejército, para saber su voluntad, y deciros el tiem-

po que tiene determinado para la última desdicha de esta infeliz ciudad. Y puedes estar seguro, que te entraré dentro de Jerusalen, entregándote todo su pueblo como ovejas sin pastor, sin que haya siquiera un perro que te ose laarar; siendo justo que los hombres y los animales se sujeten á un poder tan formidable, conducido por mano del Altísimo, siendo esta la òrden de su Providencia.

Holofernes que ya estaba preso por los ojos, fue encadenado por los oidos, con dulzura y utilidad de estos discursos, no siendo ya su corazon suyo. Acariciòla mucho, prometiéndola, que su Dios seria el suyo, que la haria grande en la casa de Nabucodonosor, y nombrada por toda la tierra. Los que se hallaron presentes á este razonamiento, se admiraron mucho de su elocuencia y sabiduria, y se decian unos á otros: *No hay muger semejante sobre la tierra, por su aspecto, su hermosura y su elocuencia.* Hízola luego entrar en su cámara Holofernes, donde estaban sus tesoros, para que viese su grandeza, y la señaló cierta cantidad, que se la diese cada dia para su plato. A que ella respondió, que aun no le era permitido segun su ley, comer á una mesa con persona de otra religion que la suya; y con esta prevencion traia consigo todo lo necesario. Pero cuando vuestra provision se acabare, dijo Holofernes, ¿qué hemos de hacer con vos? Y ella replicó, que esperaba cumplir el negocio que tenia trazado antes que se le acabase el sustento que habia traido.

Mandó Holofernes despues de esto que la alojasen en una rica tienda, para que reposase, y antes de

separarse le pidió una merced, que era, la dejasen salir antes del dia, para hacer sus oraciones al Dios que adoraba, segun su costumbre, y atravesar todo su campo con toda libertad, sin que ninguno osase impedirla ni perturbarla: para lo cual echó Holofernes un bando rigoroso, con el fin de que se cumpliese todo conforme lo pedia. Por esta causa en el silencio de la noche se fué á lavar á una fuente secreta, para purificarse del comercio con los infieles, y rogó á Dios incesablemente fuese servido de conducir sus designios para la libertad de su patria.

Cuatro dias habian ya pasados, que Judith estaba en los reales de Holofernes, aguardando ocasion de egecutar lo que tenia pensado, cuando este, quiso de puro contento hacer un festin, con intencion de convidar à su huéspeda, pensando que con este agasajo la atraeria á su voluntad. Pero como los Asirios tienen por deshonra enamorar á una muger sin alcanzarla, no se atrevia à aventurar en declararse, sino que lo encomendó á Bagao, que era su camarero mayor, para que lo diligenciase. Este hizo lo que pudo, diciéndola estaba muy adelantada en la buena gracia de su Señor, y que aquel dia tenia dispuesto un banquete, en que la deseaba ver á solas, que no tenia que hacer escrúpulo en obedecer, pues era una de las mayores honras que podia tener en su vida. Añadió tambien, que era menester estar alegre y pasar el tiempo sin melancolía. Bien entendió ella à lo que tiraba, y respondió que estaba dispuesta á obedecer en todo las órdenes de su Señor, y no queria tener mas voluntad que la suya, y luego al punto se adornó y aliñó lo me-

jor que pudo, por parecerle mejor, y asi pasó à su retrete.

Al mismo instante que la vió sola junto à si se le alborotò el corazon, y parecia que los esplendores que salian de los ojos de esta beldad, le habian sacado fuera de sí. Su pasion no le daba lugar á hablar mucho, segun estaba alborotado: contentóse solamente con convidarla á regocijarse, asegurandóla, que le habia grangeado el corazon. La Santa Judith le suplicó tuviese por bien de que ella se portase à su modo por entonces; y la dejase comer de lo que su esclava la traia. El se lo concediò gustoso, dejàndola hacer toda su voluntad por no disgustarla.

Teníase ya entonces Holofernes, por el hombre mas dichoso del mundo, manifestándolo con un sumo placer y alegría: bebia abundantemente, y se mostraba gallardo y placentero por estremo, de lo que Judith daba muestras de alegrarse, diciendo gustaba mucho de verle tan contento, y que de alli adelante podria contar aquel dia por el mas dichoso y feliz de los que habia vivido. El por darla gusto, bebia mucho mas, de manera, que se embriagó con una profunda borrachera. Conoció ella que aquel hombre estaba fuera de sí, y que no tenia juicio para pasar adelante en sus malos intentos, estando privado de la razon, por el demasiado vino que habia bebido. Viéndolo tan embriagado Bagao su camarero, pues estaba hecho una uba, procuró meterle en la cama, lo que egecutó desnudàndole. Dejóle hecho un tronco en su cama, y tornando la puerta, le dejó solo con Judith. Todos los demas criados habian bebido tanto, que no

necesitaban sino dormir. Judith sola quedó en vela, y bien despierta. Dió òrden á su esclava, que la aguardase detrás de la puerta, y de allí no se apartase, para que al menor aviso, concurriese á lo que la mandase.

Ya se hallaba sola la buena Judith con Holofernes en su retrete, y vean que sola, pues este estaba como muerto con el sueño profundo de su embriaguez. Púsose á contemplar en aquel bárbaro general, que dormia y roncaba con demasia. Cuando le pareció poner en pràctica sus designios, se llegó á la cama, donde se detuvo por algun rato, suplicándole ardientemente entre sí á Dios, que fuese servido de dar cumplimiento por su mano al grande hecho que tenia premeditado. Ya resuelta de dar principio à la obra, cogió el alfange; ó cimitarra del mismo Holofernes, y desembainando su acero animosamente, llegó á aquel dormido tronco, cogiòle de los cabellos, y diciendo solo en su corazon, *Dios mio alentad ahora mi brazo*, ejecutó varonilmente el golpe, de suerte, que de dos cuchilladas le cortó, y separó la cabeza de los hombros. Llamó pronto á la esclava, y la entregó la cabeza de Holofernes, y esta la metió en el saco en que habia traido la comida. Envolvió Judith el cuerpo entre las sábanas, recogiendo el pabellon y el alfange, se salieron de la tienda muy disimuladas, atravesaron los reales, sin que persona ni soldado alguno les impidiese, por la órden que ya tenian del general.

Llegaron de noche à la puerta de la ciudad de Bethulia, y desde léjos comenzaron à dar voces á las centinelas diciendo: *Abrid, que Dios está con nosotros*,

y ha hecho maravillas en Israel. Fueron corriendo à avisar al Sacerdote Ozias y á todos los demas, que con toda prisa salieron á recibirla. El pueblo todo, luego que se estendió la noticia, corria por las calles ansioso por ver á Judith: rodeáronla multitud de hombres, mugeres y niños, dándola en altas voces el parabien de su vuelta y venida, pues pensaban antes, que ya se habia perdido, y la miraban como si viniera del otro mundo.

Mandó Judith encender faroles, y subiendo á un lugar eminente, donde se solia hablar al pueblo, despues de pedir silencio, dijo asi: „Señores y compatriotas mios, dad gracias á Dios nuestro Señor que nunca ha desamparado á los suyos, y por su gracia ha cumplido el dia de hoy en mí su humildísima sierva, „la promesa que tenia hecha á su pueblo escogido; „porque esta noche he muerto por mis manos al enemigo comun de nuestra nacion." Mas diciendo esto, pidió á la esclava el talego donde traia la cabeza horrible de Holofernes; y sacándola, se la manifestó á todos los concurrentes diciendo: „Veis ahí la cabeza „de Holofernes, general del ejército de los Asirios." Y desenvolviendo el pabellon dijo: „Este es el pabe„llon en que dormia Holofernes, su embriaguéz, y Dios „le ha muerto por manos de una muger. Pongo por „testigo á Dios vivo, que con la proteccion de su San„to Angel, me ha conservado pura en la ida, vuelta „y estancia en su campo: sin permitir que persona al„guna intentase contra mi honor: y asi quedo gozosa „de la victoria, mi bien y de vuestra libertad. A él es „á quien habeis de dar toda la alabanza; porque sus

„bondades, y misericordias son inagotables."

El Pueblo salió fuera de sí, con el grande gozo que concibió de sus demostraciones y palabras, y viendo la cabeza de Holofernes á la luz de las antorchas, como era de noche, les parecia era sueño cuanto veian, oian y palpaban: pero la muchedumbre de los que la veian real y verdaderamente, hacía conocer que era verdad. Postràronse todos en tierra, y adoraron á Dios que obra tan grandes maravillas; y despues volviéndose á Judith, la dieron, y llenaron de mil bendiciones, con triunfantes aplausos y aclamaciones, protestando, que ella era su madre y libertadora, y diciendo á grandes voces: *Tú eres la gloria de Jerusalen, tú la alegría de Israel, y tú el honor de nuestro pueblo.*

Entonces el Sacerdote Ozias, Príncipe de Israel, la dijo: „Vos sois el dia de hoy hija mia, bendita y „gloriosa entre todas las mugeres que viven en la tier„ra habitable. Alabado sea el Criador del Cielo y de „la tierra, que ha guiado con tanta felicidad vuestra „mano victoriosa, para la ruina y perdicion de nuestro „capital enemigo, y por el mismo medio ha glorifica„do vuestro nombre, y le ha hecho inmortal en la bo„ca de los hombres que tuvieron algun conocimiento „de las maravillas de Dios. Todo el mundo se acor„darà como no hemos dejado de arriesgar nuestras „vidas, por sacar al pueblo de las ruinas en que casi „estaba sepultado." Llamó despues á Achior, y mostrándole la cabeza de Holofernes le dijo: „No habeis „malogrado el testimonio que dísteis del poder de nu„estro Dios. Veis aquí la cabeza del general de los in„crédulos, cortada por la mano de esta Santa Herci-

„na. Veis ahí quien os amenazaba que os quitaria la „vida en ganando á Bethulia, y ahora os dejarà estar „en grande reposo y quietud." Quedó este hombre tan asombrado con esta nueva, que se desmayó, y habiendo vuelto en sí, se echó à los pies de Judith y la adoró; y por su medio se convirtió á la verdadera religion, y dió toda la gloria al Dios de Jerusalen.

Judith, prosiguiendo la empresa, aconsejó al pueblo que al despuntar el dia, saliesen armados de la ciudad como dando á entender querian dar la batalla: que con esto irian corriendo los Asirios á la tienda de Holofernes para dispertarle, y viendo el suceso, quedarian tan amedrentados, que se haria gran destrozo de sus vidas. Asi como lo dijo, asi aconteció. Ejecutóse lo que Judith habia mandado, y los capitanes contrarios acudieron à su general á tomar las órdenes necesarias. Era ya bien entrado el dia, y él dormia el sueño de la muerte, del cual nadie dispierta si no es de milagro. Llamaron à Bagao su camarero para que entrase dentro, y él lo reusò al principio, no queriendo impedir los placeres de su Señor; pero como se iba haciendo tarde, él entró é hizo ruido, no como que lo queria hacer, sino por acaso; y viendo que nadie se movia, se acercó á la cama pensando que todavia estaba con Judith. Al cabo, habiéndole dicho que el enemigo estaba puesto en batalla, corrió con mucho tiento la cortina, y vió el cuerpo de su Señor sin cabeza, que estaba nadando en sangre.

Quedó tan fuera de sí, que hizo luego al punto pedazos sus vestiduras, en señal de dolor y sentimiento, y fué corriendo â la cámara de Judith, para darla

mil muertes si la encontrase; pero no hallándola, comenzó à dar horribles gritos, y dijo, como aquella Estrangera habia llenado la casa de Nabucodonosor de confusiones, y que habia muerto á su general Holofernes, que no era mas que un tronco sin cabeza, cubierto de su sangre. Fueron todos corriendo á verlo, y quedaron atónitos con el terror. Divulgóse por todo el egército el estrago, y todo era una desesperacion, todo lágrimas y ahullidos. Al mismo tiempo se descubrió la cabeza de Holofernes colgada de las murallas de Bethulia, y todas las tropas del egército de los Asirios temblaban con un temor pánico, y como castigadas con un azote del Cielo, comenzaron á desbaratarse y á tumultuarse, huyendo, procurando cada uno librar su vida con la fuga.

Al verlos los Israelitas dieron contra ellos, haciendo una grande mortandad. Fuéronlos siguiendo con una grande algazara, y como si tuviesen muy grandes tropas; y como sus escuadrones marchaban en batalla y con buena órden, les era fácil vencer á los que huian atemorizados, y sin esperanza de vida ni fortuna. Todos los pueblos circunvecinos, luego que oyeron y vieron la novedad, salieron armados y furiosos contra sus enemigos, viniendo á tomar parte en la gloria de Bethulia, y poniéndose en campaña, por todas partes acometian y daban sobre sus contrarios. No acertaban á defenderse, porque estaban aun pasmados del fracaso, y asi como estaban atónitos y derrotados sin gefe que los gobernase, hacian en ellos una horrible carniceria.

En fin, todo el campo de Holofernes fue destruido,

en medio de ser tan cuantioso, que pasaban de cien mil hombres. Hallóse tan gran despojo, tan rico y abundante, que era admiracion, porque los enemigos mas cuidaban de salvar sus vidas que de sus tesoros. La fama de esta gloriosa victoria llegó á Jerusalen, y el Pontífice, y Sumo Sacerdote Eliachin, ò Joachin, vino á Bethulia con sus Sacerdotes, por ver á la victoriosa Judith, y llenarla de bendiciones. Luego que oyó Judith que venia el Pontífice á Bethulia, salió á recibirle, y al llegar á su presencia, se echó à sus pies para que la echase su bendicion, lo cual hizo el Sumo Sacerdote diciéndola: *Tu eres, hermosa Judith, la gloria de Jerusalen, tu la alegria de todo Israel, tu en fin, la honra de todo nuestro pueblo; porque has obrado varonilmente en esta grande empresa. Tu corazon ha sido confortado por la virtud del Altísimo, y porque has amado la castidad, y no has querido conocer mas varon que el que gozaste, por eso la mano del Señor corfortò tu brazo, y es debido, que seas bendita por los siglos de los siglos.* Entonces al concluir el Sumo Sacerdote, respondió todo el pueblo. *Amen. Amen.* Prosiguió tambien este echándola mil bendiciones: pues no se oia por todas partes sino gritos de alegria y aclamaciones, que la publicaban: *Gloria de Jerusalen, gozo de Israel, honra del pueblo, la muger fuerte, la casta y valerosa Princesa, y la Dama incomparable, cuya fama habia de vivir eternamente.*

Un mes se pasó todo en contínuos regocijos, músicas y trofeos en el pueblo. Casi treinta dias duró el recoger los despojos que dejó en su campo el enemigo, de los cuales los mas preciosos en oro, plata, púr-

pura, perlas y joyas, con otros muchos que juzgaban ser de Holofernes, fueron presentados á Judith, lo demas que fue por estremo mucho y rico, como tambien muchos víveres de trigo, carnes y vino, todo se repartiò en los vecinos de Bethulia, que quedaron muy ricos. Compuso Judith entonces un càntico de triunfos en accion de gracias al Señor, el cual fue cantado solemnemente con admiracion de todos.

Pasado este mes de alegria, se dispusieron todos á ir á Jerusalen al templo de Dios â darle gracias, distribuir los votos de todo el pueblo, y hacer grandes ofrendas, en que se pasaron tres meses con grandísimos regocijos, no habiendo dia que no fuese dia de fiesta, ni casa, que no pareciese gozaba de los placeres del Paraiso. Judith presentò al templo de Dios el pabellon de Holofernes, con sus armas, cuya memoria estuvo siempre fija. Tambien presentó el velo de su cama, ó cinifera, que ella misma cogió junto con el pabellon: y asi esto como todo lo que el pueblo habia ofrecido, y dado de joyas, perlas, plata y oro de Holofernes, todo se lo dió á Dios en accion de gracias, por lo mucho que la habia favorecido y ayudado à su patria, y todo Israel. Fueron los demas asimismo ofreciendo de los despojos que les habia tocado, con que dejaron el Templo de Dios muy rico.

Al cabo de estas ofrendas y regocijos, se volvieron todos á sus casas, y la Santa Judith se volvió á su pequeña ciudad de Bethulia, siempre viuda desde que murió su Manasés, y siempre honrada de todo el mundo, como la causa mas gloriosa que habia sobre la tierra. Dió libertad á su esclava Abraham, ó Abrahama,

y vivió hasta ciento y cinco años con su pueblo en una profunda paz, sin que en este tiempo que vivió, y mucho despues de haber muerto, hubiese habido quien inquietase á Israel. En fin, murió esta grande Heroina; y fue sepultada en el sepulcro de su marido en Bethulia, donde asi aqui, como en todo Israel, fué llorada por siete dias contínuos. Todo lo restante de su vida despues de su victoria, lo pasó en una retirada soledad, dando á todos un grande ejemplo de virtud. El dia de su triunfo fue celebrado siempre, y puesto en el número de las grandes festividades de los Judios para toda la posteridad.

Justo es, que tambien nosotros hagamos à esta gran Matrona sus honras, predicando sus virtudes, para ejemplar edificacion y doctrina de todos. Nada tuvo Judith de femenina sino el sexô: toda fue varonil, toda generosa, y toda llena de prodigios. La naturaleza no la dió mas del sexô, dejando á la virtud que hiciese lo restante; y la virtud despues de haber trabajado mucho tiempo en esta bella obra se incorporó dentro de ella. Nunca la hermosura estuvo mejor colocada que en su cara, con una mezcla de gravedad y amor que cautivaba à fines muy honestos á cuantos la miraban. Era amable en sus gracias y formidable en su valor. ¿Qué muger de córte es esta que no ha venido sino á empuñar la espada? Su brazo hizo mas que matar cien mil hombres en sola una cabeza; pero mas hicieron los ojos que la mano; pues ellos fueron los primeros que triunfaron de Holofernes, y un pequeño rayo de sus llamas abrasó todo su ejército. El amor tuvo un escelente empleo en esta accion; y para de-

cir verdad, él consagró sus flechas: nunca fue tan inocente en sus combates, ni tan glorioso en sus triunfos, pues triunfó y venció al que en su soberbia imaginacion le parecia poco todo el mundo.

Finalmente, Dios que obra tantas maravillas abona esta Historia, habiendo querido sea una parte de su Escritura Sagrada. Es un monumento eterno de la virtud y fuerza de su brazo, el cual deshace los montes, hiende las piedras, y en un instante vuelve de arriba abajo á estos hijos de los gigantes que hacen la guerra al cielo y quieren marchar sobre las olas de los vientos. Un general de un gran monarca que braveaba enmedio de un ejército de cien mil soldados de á pie y doce mil de á caballo, rodeado todo de acero, de fuegos y rayos, que decia: iré, haré y asombraré, que tenia el consejo de la muerte en que ordenaba incendios de pueblos, saqueos de provincias, y donde tantos dragones bebian las lágrimas de los inocentes pueblos, sin tener un átamo de compasion. Un gigante que ponia monte sobre monte para subir enmedio del hierro y del fuego hasta el Trono del Altísimo, veísle aqui vencido, muerto, hecho pedazos y bañado en sangre por una muger que le cortó la cabeza; y un ejército que deshacía peñas, que secaba los rios, que hacia sombra al Sol con la multitud de sus volantes flechas, destrozado, derrotado y hecho mil pedazos por la empresa de una Judith.

Nunca la virtuosa Judith se dió la alabanza de esta obra: Dios fue quien obraba en ella, quien la guiaba la mano, fortificaba su brazo, la daba el espíritu de prudencia, el ardor de ánimo y el alma de su alma.

¡O qué grande es este Dios de los Dioses! ¡Qué formidable es este Dios de los Ejércitos! ¿Quién es el que no teme á Dios ni á su Justicia, sino es quien no le conoce? ¿Qué de torres de orgullo han caido de lo alto, y aun caerán debajo de sus manos? ¿Qué de gigantes abatidos, y metidos en los Infiernos despues de haber encendido los braseros de la concupiscencia en la tierra, se abrasarán en las llamas por eterno sacrificio que sus penas darán á la Justicia Divina? Teman todos su rigor, y buscándole por medio de la penitencia, trocarán todo su rigor en blandura, toda su justicia en misericordia, y toda su ira en amor.

FIN.